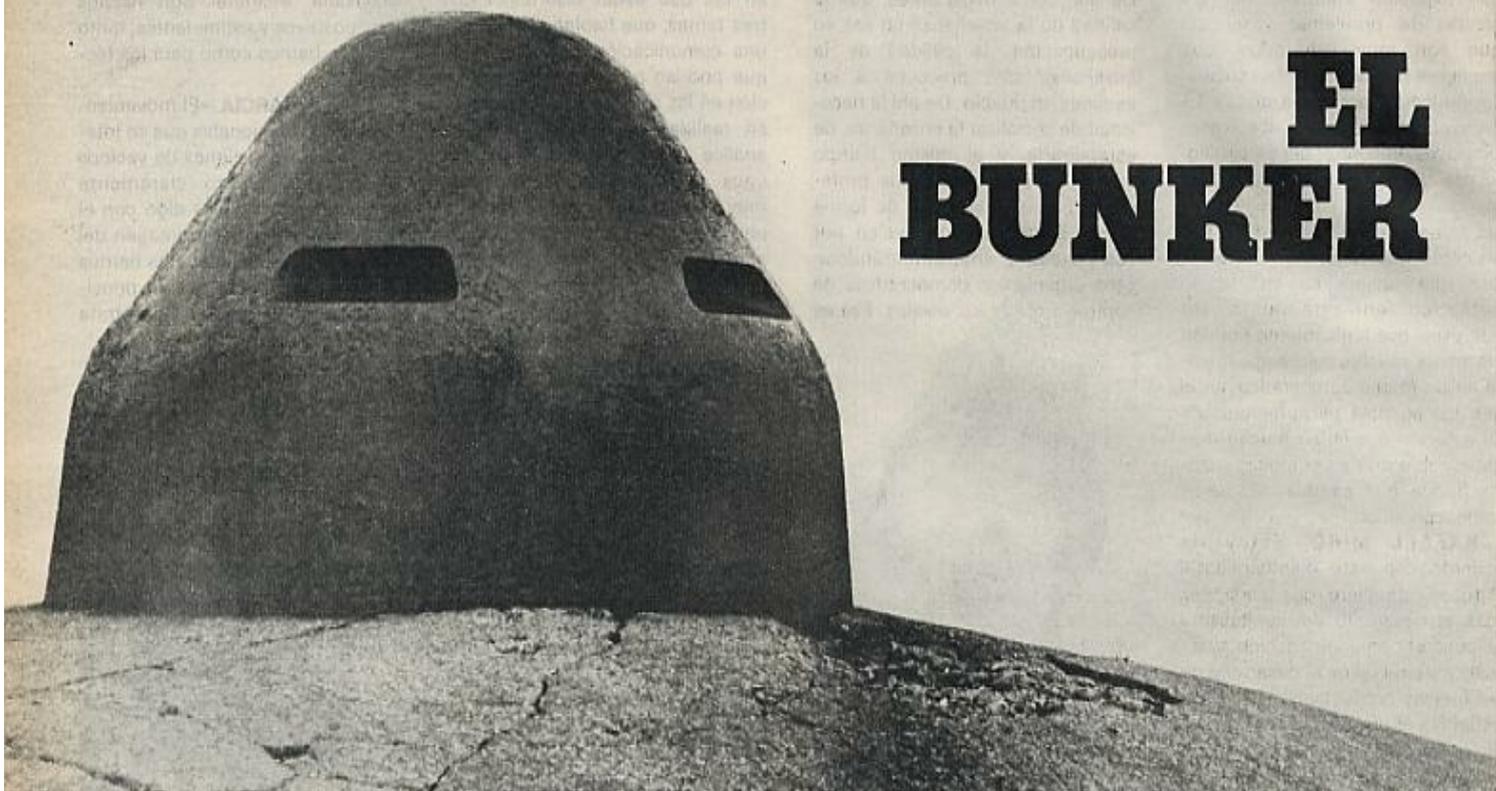


MONUMENTO FUNERARIO AL DELIRIO NAZI

EL BUNKER



El que Hitler se viese obligado a pensar en una estrategia defensiva era la mejor prueba de que ya estaba echada la suerte del fascismo.

UNA exposición verdaderamente interesante durante estas últimas Navidades en París era la que el conocido teórico y arquitecto francés Paul Virilio presentaba en el Museo de Artes Decorativas bajo el sugestivo título **Bunker Archéologie**. Compuesta de

paseasen entre 'serpentinadas' y 'confetti', o sorteasen los papeles de estraza que llenaban los rincones y espacios 'tontos', por lo general inútiles. Frente al aire glacial, el vacío creado por el bunker, resultaba reconfortante el cálido ambiente en el que se presentaban las

costa europea por orden de Hitler se levantaron en los años 1943 y 1944, bajo la dirección del ingeniero militar Fritz Todt, su conjunto resultaba de una gran novedad para todos los estudiosos de la historia del arte bélico. "Últimos ejemplos de la arquitectura militar de superfi-

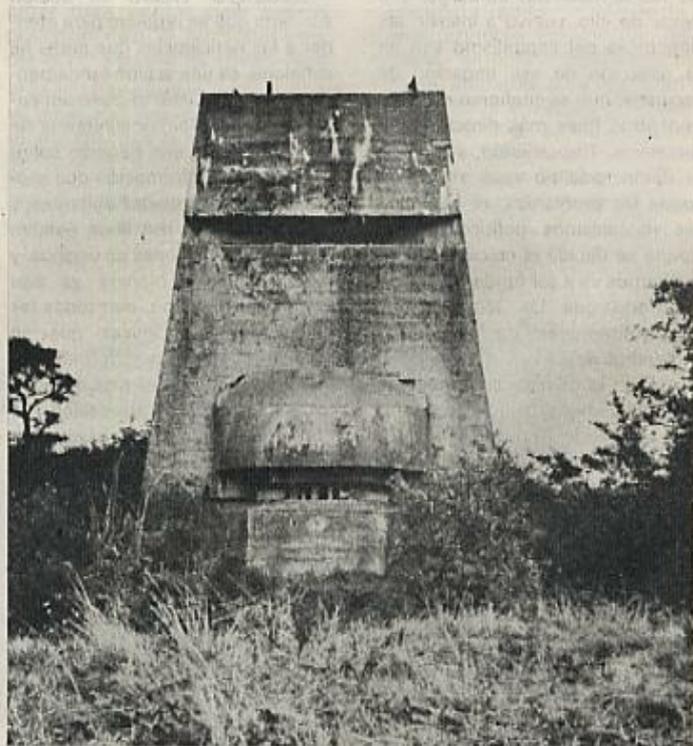
cie", tanto por sus formas macizas y compactas, su variedad tipológica y su abundancia como por el carácter simbólico que en sí mismos encierran, estos bunkers constituyen un capítulo esencial para la comprensión de nuestra época. Su origen, que hoy nos parece muy

Antonio Bonet Correa

fotografías de gran formato, mapas, planos, diagramas y maquetas, ocupaba un buen número de salas de la primera planta del Museo, convertido así en muestrario del último capítulo de arquitectura militar alemana durante la guerra pasada. En contraste con el escaso y especializado público que, con su silencio casi impresionante, visitaba esta exposición, resultaba chocante la gran afluencia y el ruidoso bullicio que animaba la planta baja del edificio, lugar en el cual se celebraba otra exposición dedicada a las **Architectures Marginales aux U. S. A.** Allí, en salas más reducidas, ante fotografías y objetos pequeños presentados más agrupados, se agolpaban jóvenes de ambos sexos, estudiantes, "hippies", parejas de adolescentes y algún que otro intelectual maduro atento a lo nuevo y original. No era sorprendente que las gentes hablasen en voz alta, hojeasen los libros o consultasen las revistas puestas a su disposición, se

casas de los pioneros americanos, los falansterios del siglo XIX y las casas, chozas, abrigos o galpones creados por individuos aislados o por comunidades que en nuestra época rechazan los valores conformistas de una sociedad consumista. Arquitectura "salvaje", fantástica, ingenua, "dulce" o ecológica apta para nómadas o sedentarios tráfugas de las ciudades actuales, indudablemente su atracción resulta grande, de la misma manera que es lógico que el bunker, por sus intrínsecas calidades, repela a todos aquellos a los que obviamente horroriza todo lo que es represión, destrucción y área militar de violencia.

Ahora bien, si la exposición americana resultaba fascinante, hay que confesar que la dedicada al **Bunker Archéologie** no carecía de gran interés. Incluso en cierto aspecto ofrecía una curiosidad un tanto rara y de raíz malsana. Dedicada al análisis y presentación de las fortificaciones que a lo largo de la



Su arquitectura recuerda la de las mastabas, las tumbas etruscas, las estructuras aztecas.

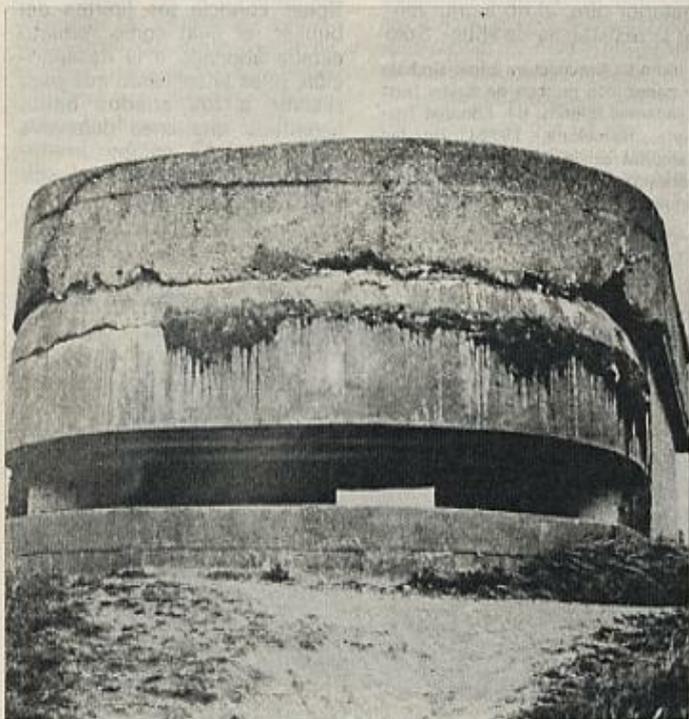
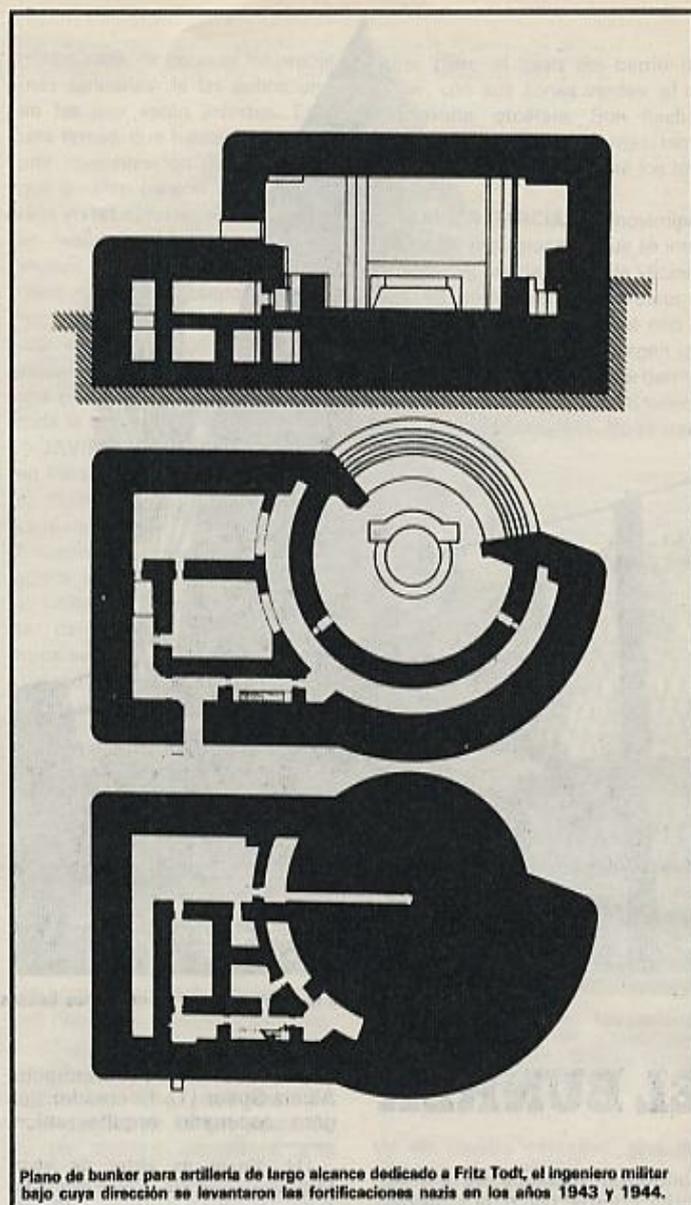
remoto, se debe al momento en que tras la guerra relámpago el III Reich se encontró, paralizado e inerte, ante el peligro de un ataque e invasión de los aliados. Deudores todavía de conceptos de la guerra aún arcaicos, los alemanes organizaron una defensa a lo clásico, con formas y técnicas modernas, con una rapidez asombrosa. Sólo un Estado con una gran potencia industrial como era el alemán podía en tan breve tiempo erigir con una solidez a prueba de bomba una línea continua de miles de kilómetros erizada de reductos defensivos. Con ellos quería no sólo paralizar el asalto dentro del área militar de la violencia, sino actuar psicológicamente sobre la amedrentada población de los países ocupados. Pero, como bien dijo entonces Mao Tse-Tung, el que Hitler se viese obligado a pensar en una estrategia defensiva era la mejor prueba de que ya estaba echada la suerte del fascismo, pues "un Estado cuyo nacimiento está basado política y militarmente en lo ofensivo, cuando para la agresión es que ha llegado a su final". Ciertamente que este aserto es perspicaz, ya que para completar el pensamiento de Mao hay que tener en cuenta que sólo el pueblo en armas puede construir y defender una auténtica fortificación.

Sin duda, la arquitectura de los bunkers, ahora abandonados y perdidos en las dunas y los acantilados, resultó ser en tanto que empresa un acto ilusorio, un intento fallido de afán de supervivencia. Ocultos o desafiantes, con sus masas pesadas y grises, con sus estructuras compactas, sin más aberturas que los respiraderos o

las bocas de fuego y los puntos de mira, son obras de un perfil moderno y extraño, irreal y onírico. Con su aire de cascos abandonados o de obús, por su "brutalismo" parecen seres u objetos primitivos y elementales. También evocan las antiguas civilizaciones, ofreciendo reminiscencias de viejos cultos funerarios. Su arquitectura recuerda la de las mastabas, las tumbas etruscas y las estructuras aztecas. Su área está poseída de lo religioso, de soledad y muerte. No en vano, a causa de la terrible derrota que sufrieron, por resultar inútiles como defensas, los califica Virilio de "monumentos funerarios del sueño alemán".

Muy curioso es el constatar cómo el interior de estas herméticas estructuras defensivas, en las que al igual que un submarino contaban con todos los servicios, desde la cocina hasta los retretes, resultaban agobiados, tienen un aire de cripta. Al cerrar sus pesadas puertas blindadas, difíciles de maniobrar, el que se encuentra dentro se siente ahogado y aplastado. Lugar sagrado en el que sólo se cumple el rito de la destrucción, su silencio es sobrecogedor, de muerte. La soledad y la incomunicación no pueden ser más totales. En los interiores de los bunkers, en los que las solas inscripciones que se encuentran son nombres de mujeres, todo resulta espectral, mortuorio, cadavérico.

Arquitectura la mayor parte de las veces oculta, el bunker no es más que una defensa en la que los hombres que lo ocupan sólo ven a través de una pequeña abertura la inmensidad del mar por el cual puede llegar



El bunker no es más que una defensa desde la que los hombres sólo ven a través de una pequeña abertura la inmensidad del mar.

en cualquier momento, no pensado, el peligro invisible, casi impalpable. La angustia y el tedio pueden hacer presa de sus guardianes. También la conciencia de su indefensión ante la llegada del peligro, y así fue al final de esta línea cuando los alemanes se vieron sorprendidos por la invasión de Normandía. El muro tan sabia y técnicamente levantado, más que un impedimento, fue una ventaja que jugaba a favor del enemigo.

Verdaderos monolitos, estos monumentos hoy están dominados por el horror y la inutilidad. Las baterías de costa de nada sirvieron ante los ataques aéreos. La guerra pasaba de ser horizontal a ser vertical. Los bastidores clásicos de las citadelas de los siglos XVII y XVIII estaban calculados para los tiros de los cañones. Con los bombardeos aéreos la guerra adquiría una tercera dimensión. Los alemanes lo habían comprendido, de ahí que sus bunkers fuesen construidos con volúmenes estrictos, de ángulos redondeados, con formas de escafandras, de armaduras y

cascos, en las que se deslizasen, resbalando, las bombas, rebotasen las granadas. También que fuesen, casi siempre, subterráneos, que se anticipasen a una arquitectura que será la de la guerra atómica. Los alemanes no sólo construyeron en los puertos refugios para submarinos y talleres bajo tierra, sino también abrigos para la población civil en centros de gran concentración industrial. En el fondo, ellos, que pensaban desencadenar una guerra total, química, de gases asfixiantes y proyectiles lanzallamas, fueron los creadores de una sociedad que tiene que enterrarse para tomar abrigo ante el peligro. Entonces, el bunker no es más que una máquina para sobrevivir, un lugar de resistencia frente a la desintegración total.

Ante una guerra en la que ya nada se salvase, los alemanes quisieron homogeneizarse. El carro de combate era un bunker móvil. Este, a su vez, también podía tener elementos móviles para el tiro. Sus formas eran como las realizadas en cemento, elemento líquido, capaz de



Verdaderos monolitos, estos monumentos bélicos hoy están dominados por el horror y la inutilidad.

EL BUNKER

configurar edificios de estructuras compactas o por piezas, que unitariamente tenían una plasticidad sin relación con la arquitectura cotidiana o vernácula. Pero el orgullo de sus creadores pronto se vino abajo. Como afirma Virilio, el bunker "fue el último gran gesto retórico de la guerra del pasado". En el año 1945, con la bomba de Hiroshima se demostró que ya no existía un frente lineal como en las batallas clásicas, que la guerra podía estar "delante" o "detrás", en cualquier lado, que podía ser total.

El bunker es hoy un edificio abandonado, vacío, un objeto arqueológico. Su papel está totalmente sobrepasado. Observatorio de artillería, puesto de mando, pseudocarro de combate o refugio antiaéreo, es una mezcla heteróclita de fortificación mineral y animal, en la que se simboliza la caparazón de un cefalópodo o un quelónido, una pretendida fortaleza, un elemento de función caduca, un teatro vacío, un símbolo muerto de la muerte. Su ser es mítico, pertenece a la Historia.

No es de extrañar que cuando de repente desapareció de muerte accidental y un tanto sospechosa Fritz Todt, quien

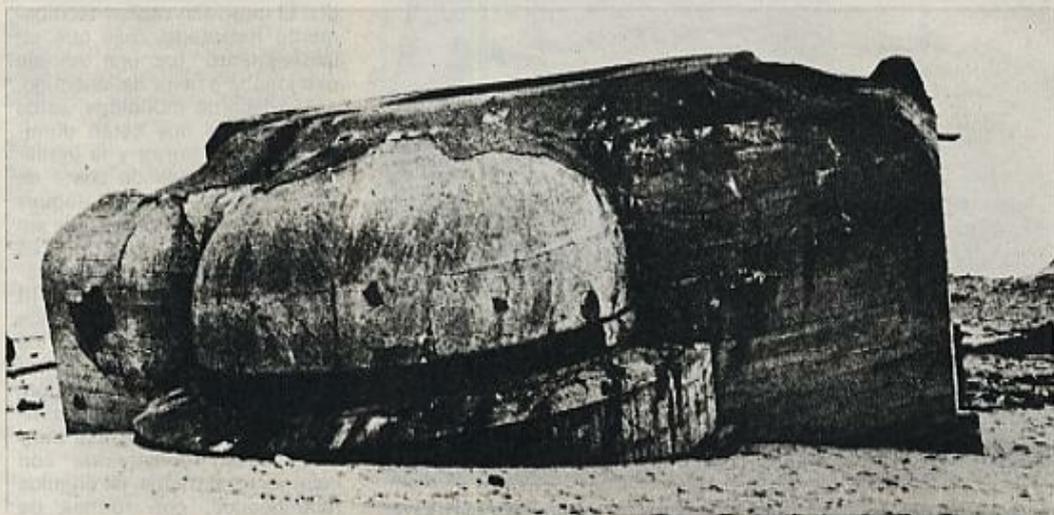
entró en acción fue el arquitecto Albert Speer (1). El creador del gran escenario arquitectónico

(1) Speer es autor de unas *Memorias*. Suyo era el gran álbum *La Nueva Arquitectura Alemana* (Berlín, 1941), libro que fue repartido ampliamente por la Embajada nazi entre los arquitectos españoles de la época. Acerca de la arquitectura nazi, de lo publicado recientemente en España son interesantes el artículo de Federico Correa, *¿Condena o revival? Arte en el III Reich*, en el número 7 de la revista *Arquitectura bis* (Barcelona, mayo de 1975) y el capítulo de Bárbara Miller Lane, *Arquitectura nazi*, que figura en

en el que se desarrollaron los grandes fastos del III Reich quiso entonces llevar, movido sólo por razones técnicas de eficacia, la guerra a unos límites que resultan pasmosos para todo ser civilizado. No es aquí el lugar para contar cuál fue su posterior giro, al no lograr vencer la resistencia de Hitler. Sólo

el tomo *La Arquitectura como símbolo de poder*, con prólogo de Xavier Sust (Cuadernos Infimos, 64. Editorial Tusquets, Barcelona, 1975). De las *Memorias* existe edición española en Plaza y Janés (primera edición, 1969, y segunda edición, 1972).

digamos que a él oportunamente le sirvió para salvar su vida en el proceso de Nuremberg y prepararse en la posguerra, como defensor de los industriales y técnicos alemanes, una existencia apacible dentro del neocapitalismo. Sin duda, Speer conocía los límites del bunker, el cual como reducto estaba abocado a la desaparición, pues la sociedad que para resistir a los aliados había levantado una línea defensiva tan "utópica" estaba irremisiblemente condenada al suicidio. ■ A. B. C.



El bunker no es más que una máquina para sobrevivir, un lugar de resistencia frente a la desintegración total.